

cas. Una sonrisa de infinita beatitud iluminó las facciones del hombre regular. Ahora necesitaba otra bola para hermanar, y el mingo, la bola roja, con el objeto de completar la fantástica carambola. Y don Fulgencio, que entre otras cosas sospechaba la redondez de la tierra, pensó en la tierra. Su brazo impulsaba con titánica energía los dos inmensos juguetes planetarios. ¿No era acaso él, don Fulgencio, el hombre rico que posee la tierra, y plagia a Josué cuando le parece? El Sol era su oro, y alrededor de esa esfera la tierra giraba fascinada, como una mosca en la tela de una araña. ¡Qué magnífico iba a resultar el choque! ¡Qué explosión formidable conmovería los ámbitos del espacio! ¡Qué reventazón de llamaradas envolvería a la creación en un relámpago de infierno!

Las dos bolas rodaban sobre el paño de los cielos con estrépido formidable. Devoraban millones de leguas en su curso, pero no llevaban trazas de juntarse. Faltaba la bola roja, el mingo, que produciría la carambola. Don Fulgencio sudaba a gruesas gotas, sofocado, anonadado por el espectáculo terrible. Bajo la rotación de los dos astros las estrellas reventaban como vidrios. Pero el sol y la tierra, la bola de riqueza y la bola de trabajo, no llevaban trazas de juntarse. Faltaba la bola roja, el mingo, que decidiría la carambola. ¿Dónde encontrarlo? ¿Dónde hallar un equivalente de esas esferas monstruosas? Don Fulgencio tendió los brazos, desesperado. Hubiera echado a rodar su cabeza por los cielos si la creyera apta para provocar la conjunción. Su oro, su querido metal, su vida, mejor dicho, jugaba contra la tierra y nada podía definir aquel lance!

¡La bola roja! ¡La bola roja! Hé aquí lo que hacía falta.

En aquel momento, don Fulgencio se sintió botar por los aires. Una explosión gigantesca conmovería las paredes. El mingo! el mingo! tuvo tiempo de exclamar aterrado.

Y efectivamente, el hombre metódico acababa de volar, reventado por una bomba de dinamita.

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533

Una carta de Juan Silvestre

Primera carta de Juan Silvestre

a su amigo P. S. sobre un alma destinada al Seno de Abraham

Por CARMEN LIRA

EMIGO mío: Me pides con insistencia que te escriba? Pues aquí me tienes, un si es no es gruñón y con unas peregrinas opiniones entre la mollera que tal vez encuentres descabelladas.

Como hace quince días que el reumatismo me tiene recluido en mi habitación de anacoreta, no te puedo hablar de la vida callejera. Pero mi reclusión no me impide dar una que otra dentellada en la vida ajena ¡el manjar predilecto de los hombres! cuando le encuentran sabor negro, que cuando se lo encuentran blanco lo dejan a un lado por insípido y aun escupan el jugo que les tocó el paladar.

Me limitaré a contarte de algunas tentaciones que han frecuentado mi

celda, y las llamo tentaciones porque me hacen subir renegando, la pendiente del fastidio: y el renegar y el fastidio son actos pecaminosos según los filósofos optimistas.

Estas tentaciones han aparecido bajo la forma de unos vecinos ofiosos, quienes vinieron a enterarse del por qué mi nariz no asomaba a husmear fuera de mis dominios. Todos ellos gentes que han pasado ante mí, como un cefrillo ante un comerciante ensimismado en sus operaciones. En estos días de enfermo, me he sentido entre sus solicitudes y sonrisas, como se debe sentir la imagen de un santo entre los ramos de papel plateado con que lo adornara la floña doncellez de su dueña.

¡Cuán malhumorado se ha vuelto tu amigo! Quizá sean sus años salpimentados con estos dolorcitos del reuma: lo cierto es que estoy hecho un salvaje y que le huyo a la gente como el diablo a la cruz, sobre todo a esas gentes que no me producen ni frío ni calor.

Bien sabes que esto no es producto de soberbia y que no desprecio a nadie, ni a mí mismo, y que cada ser humano me sumerge en un éxtasis, cuando me vuelvo filósofo. Con todo, a la mayor parte de mi prójimo le diría de buena gana lo que Carlyle al suyo:

«Hermano, seguramente no eres odioso; eres digno de simpatía o por lo menos de piedad: pero para mí ¡ay! eres horriblemente fastidioso y poco instructivo; sigue tu camino con mi bendición».

Por suerte que mi pipa no me desampara, y a menudo me transporta lejos de las caritativas garras de mis vecinos, y mientras su conversación revolotea lo mismo que una gallina entre mi cuarto, el humo de mi pipa se lleva en volandas mi imaginación a otras regiones: a las del recuerdo, a las del recuerdo solamente, y ya no a las del ensueño, que ya tu añoso amigo no sueña. Ha tiempos que la Esperanza sacudió la mano en que tenía para él granillos de Ilusión.

Pero noto que me pongo ligeramente sentimental. Perdona este mi viejo mal que tan a menudo asoma por mis labios su sonrisa melancólica, cual un rayo de luna por la grieta de una pared ruinosa.

Hoy vino a hacerme compañía un tal Sr..., ¿pero a ti que te importa su

ALBA SIN SOL

La mañana está fría,
nublada y gris...
Los cipreses, callados
en el jardín,
negros en su tristeza,
me hacen sentir
aquel hondo silencio
que vendrá al fin...
¡La mañana está fría,
nublada y gris!...

Soledad y silencio,
día sin amor!
Alba de plomo, triste...
¡Alba sin sol!
De pronto en los cipreses
se oye trinar
un pájaro amarillo;
luego se va...
¿A dónde? ¿A otros jardines?
¡Señor, quién tuviera alas
para volar!
¡Soledad y silencio:
día sin amor...
¡Alma que pena triste
sin ilusión!

La murmurante lluvia,
del muerto mar
sin luz, que es hoy el cielo,
cayendo está...
¡Todo más gris y triste,
más soledad!
¡La desierta mañana
me hace llorar!...
¿Amor, en dónde estabas?
¡Oh muerto corazón
que un día fuiste la lira
de mi canción!...
La murmurante lluvia
cayendo está!
¡Y el corazón dolido
rompe a llorar!

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, C. R.

(Envío del Autor)

nombre? De todos estos mis vecinos es el que más me ha interesado porque su transparencia ha sido ligeramente empañada con un fin económico, como las vidrieras de los talleres, para que los obreros no puedan curiosear lo de el exterior. Es un hombrecito que ya va de medio día abajo, pero muy conservado. Vieras que ejemplar humano más pulcro: su vestido, su paso, sus gestos, su voz, su risa, todo en él es inmaculado, liso, discreto. Cuando lo miro, me parece que ante mí hay una estrecha losa de mármol blanco, surcada por líneas paralelas, absolutamente rectas y de un blanco todavía más profundo. Inmediatamente está uno deslumbrado, los ojos se cierran y a poco se ronca sencillamente. Es en vano buscar en su persona el más insignificante manchoncito. Viene enseguida a la memoria aquella reflexión de Turguenef:

«Este es un hombre que tiene ropa blanca y virtudes morales de primera calidad».

De primera calidad, sí, cual si se tratara de lienzo o de manteca, porque de una flor, de una canción, de una estrella, no se dice nunca así.

Es de aquellos que caminan siempre en línea recta, que desconocen los deliciosos vagabundeos de la línea curva; que consideran la humanidad como un huerto abandonado, el cual de haber sido propiedad suya, sería el peristilo de su morada, pues cada tierno arbolillo habría crecido como una columna, gracias al correspondiente e inflexible rodrígón que su sabia mano habría colocado a su lado. ¡Ay! Buen Dios! ¡Cómo te has descuidado con los árboles de tus bosques y con los hombres de tus ciudades y cómo has derrochado curvas economizando rectas! Hoy, cuando tenía a esta criatura delante de mí, pensé que si examinaba el traje de su espíritu con un microscopio, tampoco hallaría sobre él ni el átomo de un gran pecado, y no pude menos de imaginarlo camino del Limbo, con una graciosa aureola de oropel sobre su cabeza calva y un par de alas artificiales sobre sus hombros.

Te digo del Limbo y no del Paraíso porque no creo que Nuestro Señor premie con las delicias celestiales a quien no luchó con terribles tareas, sino con moscas y ratoncillos. Como tampoco ha caído en los abismos del pecado, no puede ir a los Infiernos. No queda pues para él, más que el Seno de Abraham, destinado a los que supieron conservarse en el prudente término del pecado venial.

Pero amigo, ya debes estar hasta el copete. Dejo para otro día las observaciones que haga sobre mi solícito vecino.

Te abraza,

JUAN.

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

MARCO TULIO VIQUEZ A.

PASANTE DE ABOGADO

Oficina contiguo al Teatro Nacional
APARTADO 808

JOSE ALBERTAZZI AVENDAÑO

Abogado

Depacha en las Arcadas, lado Oeste.

ADAN ACOSTA VALVERDE

OFICINA DE ABOGADO Y NOTARIO

En las Arcadas frente al Teatro Nacional

CARLOS Ma. JIMENEZ

Abogado y Notario

MÉDICOS

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

DENTISTAS

Dr. M. FISCHER

Dentista americano

Teléfono 683 — Apartado 434

Venta de materiales para dentistas.
Frente al Correo.—San José.

MATEO FOURNIER Q.

Dentista

Oficina contiguo al Hotel Washington, costado Sur de la Catedral.

JOSE J. JIMENEZ NUÑEZ

Dentista

Doctor ROBERTO JIMENEZ ORTIZ
Dentista americano

100 v. al N. del Royal Bank of Canada.
Teléfono 530

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

A MI CORAZON

Sufre, sufre, corazón,
tú que sabes resistir,
tú que quieres convertir
en mieles tanto sufrir...
sufre, sufre, corazón.

Soporta todo el dolor
que a los otros mataría,
y haz con él una alcancía
de sana y fuerte alegría...
sufre, sufre, corazón.

Padece con decisión
por los demás y por tí;
aprende que siendo así
me das vigores a mí...
sufre, sufre, corazón.

Condensa en piadosa flor
los llantos de todo un mundo;
derrama el germen fecundo
del cariño más profundo...
sufre, sufre, corazón.

Nunca olvides la lección
del que sabe penetrar,
comprender y perdonar,
revivir y consolar...
sufre, sufre, corazón.

Aguanta el recio turbión
de todas las tempestades;
bebe hiel de las maldades
para hacer sumas bondades...
sufre, sufre, corazón.

Procura ser un crisol,
donde penas y amargores
se trasmuten en dulzores,
armonías y fulgores...
sufre, sufre, corazón.

Empápate en el amor
más ardiente y más sincero;
consúmeme todo entero
en ser luz de misionero...
sufre, sufre, corazón.

De toda tribulación,
que te den seres y cosas,
procrea soles y rosas
y verdades muy hermosas...
sufre, sufre, corazón.

Y no esperes galardón,
ama por puro placer
padece por entender,
socorre por socorrer...
sufre, sufre, corazón.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Panamá.

(Envío del Autor)

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor
Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.



EDICIONES JUVENTUD

Agustinas 623, Santiago de Chile

Publicados:

José Ingenieros: LA DEMOCRACIA FUNCIONAL EN RUSIA \$1.25
Miriam Elin: LOS OJOS EXTASIADOS 2.00
Carlos Pereyra: LA TERCERA INTERNACIONAL COMU-
NISTA DE MOSCÚ 1.25
José Ingenieros: LA REFORMA EDUCACIONAL EN RUSIA 1.25

En preparación:

A. Torres Rioseco: ANTOLOGIA DE POETAS YANQUIS.
Federico Gana: MANCHAS DE COLOR.

Agencia de estas ediciones: en la Administración del
REPERTORIO.